

EL MAR DE MARTA

Anhelaba escuchar el sonido de las olas cual pirata anclado centurias en lo más profundo del continente. ¿Cómo se puede echar uno a la mar, sin embargo, cuando el oráculo presenta como posible el naufragio de su barco?

¿Acaso no debiera quedarse en tierra, abrigada por la seguridad que el suelo firme ofrece a los grumetes inexpertos? Quizás eso era lo más sabio, más ella, enamorada del olor a sal y la brisa fresca, tenía la convicción de que enraizar en el abono era poco más que un disparate, un error tremendo garante de décadas de desdicha.

Así, pese a no ser la robustez una característica de su embarcación, partió un triste día cualquiera de espaldas a la costa que la despedía entre pañuelos de satén y palabras de adiós. Con la mirada fija en la línea entre el turquesa de las aguas y el celeste del firmamento, descubrió estancias marinas que habrían hecho enloquecer al más cuerdo, aspiró a visitar toda clase de variopintas islas que coloreaban sus mapas de navegación como los puntos de una tela moteada, nadó en playas de pureza secular y confeccionó sus vestimentas con frondas de exóticos vegetales. Inspiró los vientos del norte y espiró calor hacia el oeste. Todo aquello y más consiguió hacer la inquieta protagonista de nuestra narración, incluso llegó a...

-Marta, Marta, abre los ojos niña – sintió de repente un codazo que la sacó de su ensoñación para traerla de vuelta a la sala estéril que tanto aborrecía.

-Martita, ya has terminado la bolsa cariño, ¿cómo te encuentras? ¿Estás cansada? – la enfermera, con un flequillo greñado que a duras penas permitía adivinar su mirada, le instaba con la sonrisa a responder a la eterna pregunta.

-Bueno, menos que otras veces – respondió la muchacha a la que iba dirigido el interrogatorio, intentando reflejar con su altivo tono de voz el malestar que le había generado que la hubieran arrancado sin piedad del mundo que se había construido para los días de quimioterapia.

-Ya verás que poco a poco vas notando menos efectos, ya no falta nada para terminar el ciclo.

Marta ni siquiera respondió y se limitó a asentir con una elevación de hombros. Cuando la mujer se fue con sus inquisiciones a otro lugar cerró de nuevo los ojos, pero la isla en la que se había estado recreando no retornó a su mente y suspiró, nostálgica.

Para ella, el paso del tiempo había adquirido un matiz de sentencia que progresivamente la aislaba de los demás y la abandonaba a la vastedad de su padecimiento. Los días se sucedían como una concatenación de tratamientos que semejaban eficaces únicamente en cronificar su desidia y en separarla aún más del ritmo habitual de vida que sus coetáneos disfrutaban. Hacía tiempo que había asimilado la injusticia de su condición; sin embargo, eso no impedía que la visión de sus amistades cumpliendo objetivos que

ella posponía incesablemente por la enfermedad provocara un dolor punzante en su corazón y una pena inmensa en su espíritu.

¿Por qué habría nadie de reconciliarse con el enfermar? ¿Cómo podía seguir el orbe girando y los relojes pulsando, encerrada ella en la intemporal cárcel del diagnóstico y la espera? Esas lacerantes cuestiones concurrían en su meditar cuales obuses procurando hundir el enteco caparazón de su barco. No obstante, ella, amotinada contra los propósitos del hado, reedificaba de manera incansable la cubierta de la nave para contener las acometidas contra su psique y facilitar el camino al destino deseado: la curación física y emocional. Así vivía pues, enquistada en un paisaje de espuma, mareas y atacantes diseminados por sus entrañas. Su entorno, acaso incapaz a su vez de lidiar con la doliente disposición de Marta y concededor de la paz espiritual que la exaltación del mar le ofrecía, no perturbaba su estado y la dejaba fluir hacia los ríos de Babilonia, testigos de lamentos milenarios. Más lejano de ellos todavía, el océano de su imaginario.

Los días prosiguieron su nacer y morir, las semanas se caían del calendario como las hojas caducas en el otoño y el tratamiento, a pesar de funcionar, aún no parecía traer consigo la completa recuperación. Las visitas al hospital, de notoria frecuencia, conducían a Marta a un enfrentamiento recurrente con las paredes blancas, frías, que habían presenciado el surgimiento y extinción de tantísimas ilusiones. Era una imagen que repulsaba.

Un día de aquellos en que, huyendo de la blancura de la estancia, se encontraba reforzando las telas del velaje de su nao ante una inminente salida, se cuestionó de repente qué hacía allí, un pensamiento que atravesó su mente como una centella. A raíz de la implacable introspección a la que se vio sometida, descubrió que la transición entre el mundo real y su particular jardín del Edén había sido tan sutil que apenas era consciente de la disgregación casi total de su realidad evidente. Había activado un transitar en piloto automático que solo apagaba para sumergirse de cabeza en sus ensueños, como vía para soportar la crudeza de su situación y evadirse de sus temores más profundos. Cayó el velo de felices alegorías que enturbiaba su discernir y permitió que vislumbrara el verdadero significado de sus escapadas: se estaba perdiendo la vida buscando un destino que quizás no existía, un maná que cayera del cielo, la recalada en el Sion prometido. Con una sapiencia divina, precisó que debía dejar de malograrse en la irrealidad para disfrutar del tiempo del que aún dispusiera, independientemente del que este fuese. Quizás por el miedo, por el rencor o incluso por la asfixiante incertidumbre de su aciago pronóstico se había distanciado de las personas dispuestas a sostenerla, algo que lamentaba profundamente. Advirtió que debía hacer frente a su coyuntura sin confinarse en quimeras vanas y supo lo primero que había de realizar.

El camino de vuelta a casa el día de esa visita al hospital lo hizo casi por completo en silencio. Solo interrumpió su mutismo para, con la mirada fija en la carretera, comunicarle a su madre, al volante, que quería ir a la playa con ella y con su padre.

-¿A la playa? Pero Marta, sabes que vivimos lejos de la costa y con lo malita que estás... no queremos que el viaje te pase factura, ya sabes.

-Por favor, mamá, necesito ir. –Fue lo único que obtuvo por respuesta.

Aturdida por la solicitud de su hija y confundida por lo exigente de la misma, la madre dejó en esos términos la discusión y se limitó a aseverar que lo hablaría con su padre. A esto Marta replicó con una sonrisa, un fenómeno extraordinario en su recelo habitual.

Así fue como un domingo cualquiera en una semana corriente, recién finalizado el tratamiento y a la espera de los últimos resultados, sus padres la llevaron a conocer, por fin, el mar. Al pisar la arena y sentir el caótico deslizamiento de los granos entre sus dedos se sintió libre de verdad, no solo en su imaginación. Corrió y corrió, con cada zancada un poco más fuera de la celda a la que había reducido su existencia, hasta alcanzar la frontera entre el agua y la tierra. Observó, conmovida, los remolinos de espuma que se generaban sobre el suelo liso, volvió la mirada para contemplar a sus padres al final de la tirada de playa y concluyó la escena extendiéndoles la mano, invitándoles a ser partícipes de su fantasía, devenida concreta en esos momentos.

La tan aguardada noticia de la remisión no se hizo esperar mucho y, con ella, Marta llegó a la isla más bella que había visitado jamás en sus travesías durante los años que había convivido con el cáncer. Fue la última vez que viajó a ese sitio, ese universo marino que había sido su recreo durante la enfermedad. De hecho, esta vez no hizo falta siquiera que cerrara los ojos para visualizar el atolón y sumergirse en el turquesa de sus aguas cristalinas, con el celeste de un cosmos a veces injusto brillando más que nunca sobre su escaso cabello húmedo. El sonido del mar, a modo de banda sonora que cierra una película, resonaba tan vibrante como trompetas victoriosas al final de la guerra. Gracias a su vivencia, ardua pero sustancial, Marta reencontró su oasis, su Sion personal, en su familia, sus amigos y las bellezas que hallaba en la melodía de una cotidianidad de la que se empapaba con una voracidad que solo el que se topa de bruces con la maravilla de la vida y el riesgo a perderla atesora. No volvió a soñar con el mar, mas tampoco le era necesario, puesto que ahora encontraba su ventura en valorar todo aquello que la rodeaba.